



IGLESIA DE SAN ULRICO EN AUGSBURGO.

El templo mas antiguo de Augsburgo, despues de la catedral, es la Iglesia de San Ulrico. En sus primeros tiempos fué una capilla dedicada al Santo Afre, el cual murió quemado en tiempo del pretor Gajus, en el mismo sitio que ocupa el edificio: varias veces fué este saqueado y destruido, reconstruyéndole siempre en mayores proporciones, hasta que por último, en el año de 1607, fué reedificado segun hoy existe, sujetando su arquitectura á las severas y bellas formas del estilo gótico, que tanto predomina en Alemania.

Tiene 318 piés de longitud, 94 de anchura y 100 de elevacion, con una torre de 520 piés de altura, situada enfrente de la puerta roja, que da entrada á la ciudad por el camino de Munich. El interior de la iglesia forma una cruz latina, cuyos dos brazos son los dos coros laterales de San Ulrico y San Afre. Se compone de tres naves, de las cuales la principal tiene 100 piés de elevacion y las dos laterales 50; estas estan separadas de aquella por 16 columnas góticas. Reciben la luz por 42 ventanas, de vidrios pintados de la mayor

belleza; encuéntranse allí asimismo cuadros de notable mérito, primorosas esculturas y trabajos en bronce de sumo valor, presentando todo ello un conjunto armonioso y admirable.

UN DIA DE TOROS EN EL PUERTO.

1.

Tres dias habia que las vocingleras trompas de la publicidad, representada por una docena de ciegos, pregonaban á voz en grito la famosa corrida de toros que iba á verificarse en el Puerto de Santa Maria, y aquellos mismos tres dias habia tambien que me aguijoneaba el deseo de ver á mi persona ocupando un asiento de la plaza, porque es

1.º DE MAYO DE 1855.

triste cosa quedarse en Cádiz cuando todo el mundo emigra para transportarse en masa á la vecina ciudad. Anduve, no obstante, irresoluto, y solo me decidí á marchar allá á una hora bien avanzada de la mañana, que era precisamente aquella en que salía el último vapor. No había pues que perder tiempo: tomo el trote hácia el muelle, y jadeando, y cubierto del sudor que me brotaba por todos los poros de mi cuerpo, pongo el pié en la plancha en el instante en que sonaba la última campanada del último toque. El barco rebosaba de gente, y ya se supone que no se habrían cuidado de guardarme sitio; por tanto, hube de colocarme entre la caldera y la chimenea, es decir, en el infierno; pero era imposible retroceder. La suerte no me dejaba mas que dos caminos; ó convertirme en carbon, ó arrojarle al agua: trístísima alternativa en que solo me era dado elegir el género de muerte: opté por el fuego como mas limpio, y á poco ya se me salía de la boca medio gemo de lengua como si fuese perro en Canicula: mis ojos se me saltaban de las órbitas; comenzaban á chirrear mis pantorriillas, y ya contaba por minutos los de mi vida, cuando un caritativo marinero tuvo compasión de mí, y llevándome en volandas me encaramó en el bauprés, y aunque me ponía su caridad á dos dedos de la muerte, todavía me pareció aceptable aquella posición tan comprometida, y que yo en cualquier otra circunstancia hubiera tenido por absurda. Convertido pues en figurón de proa del vapor, y guardando malamente el equilibrio, pasé casi tres cuartos de hora, que me parecieron los tres días que Jonás pasó en el vientre de la ballena, esperando á cada balance ir á convertirme en pasto extraordinario de las pescadillas del Océano. Pero en fin algun santo de los muchísimos á quienes invoqué hubo de rogar por mí, llegué salvo á saludar las amigas azoteas de Vista-Alegre, á descubrir los copados árboles y á escuchar el murmullo de las fuentes del ameno Vergel del Puerto. Púsemme en tierra de un salto, y faltóme poco para arrodillarme en ella, como Robinson después de su naufragio; pero reflexioné que esta escena muda y que esta romántica pantomima hubieran podido atraerme algun naranjazo de la desalmada turba que allí bullía, y suprimi en consecuencia todo acto exterior que pudiera comprometerme.

Una vez en terreno firme, atravesé la linda alameda y tomé calle arriba la de Luna, que es el natural desagüe de los vapores, hallándome á los pocos minutos en las mas frecuentadas esquinas de la hermosa calle Larga, animadas á la sazón por una inusitada concurrencia.

Paréme allí hecho un bobo, y á poco comenzaron á pasar en larga procesion majos jerezanos montados gallardamente en briosos caballos, y llevando á la grupa, en vez de maleta, sendas majas, no sin haber antes la cabalgata hecho su acostumbrada estacion en la tienda de la Zorra, que situada frente á la Victoria y en la confluencia de las calles Larga y de Cielos, posee la situación topográfica mas envidiable para que el sediento pasajero reanime sus fuerzas con una caña de manzanilla.

Pero mi impaciente estómago me avisaba de que era hora de comer, y no había que perder tiempo, toda vez que no era probable que el señor alcalde esperase mi llegada para principiar la corrida. Partí á una fonda; pero en balde, pues nada había ya comible en ella, y lo propio me sucedió en otras dos. Finalmente, en la cuarta me dieron esperanzas, que como se verá, casi en eso quedaron; mas yo no me hallaba en situación de exigir gollerías, y me resigné á lo que me diesen. Entre tanto una multitud de hombres, que por su conversacion y aspecto conocí desde luego ser artesanos de Cádiz, gastaban sus pesos con tal rumbo que no parecia sino que dejaban en su casa algun gato de doblones, siendo lo cierto que al inmediato día acaso no tendrían pan que llevar á la boca. No podía por tanto dudarse que aquellos eran andaluces, y lo que es mas, gaditanos.

Al cabo pues de mis reiteradas reclamaciones, logré que me trajeran un plato de sopa fria, que casi tuve por sorbete de fideos, y media hora despues un pollo, al menos pollo parecia; pero era pura ilusion óptica: el esqueleto de aquel ave cubierto con pergamino fué lo que me pusieron delante. En vano esgrimi el cuchillo para ver de desarticular la que semejava pierna: sus osificadas coyunturas no cedieron á mis desesperados esfuerzos, y fuéme forzoso pedir el hacha de la leña para destrozarlo. Masqué largo rato infructuosamente la mitad del que ya había servido antes de forro de un libro, roí los desustanciados huesos con una destreza digna de un mastin de cortijo, y salíme á la calle ladrando de pura hambre, por mas que me hubiese costado el dinero aquella apariencia de comida.

No había tiempo que perder: los toros iban á comenzar, y no era cosa de volverme sin verlos, ya que á eso solo fui al Puerto. Tomé pues el camino de la plaza; mas recordé que me faltaba que tomar el billete, lo cual era dificultad un tanto grave, y que yo no había previsto hasta aquel momento. La ventanilla estaba asediada por mas de cien personas, que se empujaban, se codeaban, se oprimían, y aun á veces se distribuían mutuamente sendos icones para desembarazarse del que por mañana ó por fuerza había llegado á cojer la delan-

tera. De aquel apiñado tropel salian gritos ahogados, lamentos, imprecaciones; encaramábanse los unos sobre los hombros de los otros; revolviáanse estos contra los agresores, y caian aquellos en medio del tumulto aumentando el desórden y el vocerío; en fin, aquel era un verdadero campo de Agramante, donde en vez de pelear por el escudo, por la espada ó por el yelmo, se peleaba por un boletín para ver los toros.

¿Y qué hacer? me pregunté yo á mí mismo. ¿He de renunciar al único objeto de mi viaje antes de probar fortuna? ¿No se me tendrá acaso por cobarde y para poco, si confieso que he dejado de ver los toros por no atreverme á intentar lo que tantos intentan? Temeroso pues de las burlas de mis amigos, si tal llegaba á saberse, me encasqueté bien el sombrero, abrochéme la levita por temor de que corriesen burro mi bolsa y mi reloj, y cerrando los ojos y apretando los puños embestí con tal furia, que abrí brecha en las últimas filas. Los desalojados, sin embargo, no me dejaron gozar impunemente de mi corto triunfo. Este me mete el codo por un hijar, aquel (que era gallego) me planta su macizo zapato encima de mi mas predilecto callo, haciéndome poner el berrido en el quinto cielo; el de mas allá me asesta un puñetazo tal que me hace salir la cabeza por la tapa del sombrero; en fin, de chichon en chichon y de desgarradura en desgarradura, aquí caigo, allí levanto, aquí me estrujan y allí me aplastan, logré llegar á la primera fila sin mas que un faldón en la levita, con un zapato solo, y ese descalzado, el cuello de la camisa hecho una torcida de velon, y con gruesa avería en la cobertera de la cabeza, que ya no merecia otro nombre la especie de montera manchega que en ella me habían dejado. Una vez allí, conseguí á fuerza de gritos un asiento comun, únicas localidades que aun se despachaban, y con no menor trabajo pude salir de aquel laberinto de Creta, dirigiéndome may ufano hácia la primera puerta de las de sombra que hallé; pero juzguen mis lectores de mi desesperacion cuando al alargar mi tarjeta al portero oí que este me decia: «No es por aquí. Este boletín es de sol.» A punto estuve de descargar sobre el dependiente la ira que me asaltó en aquel punto; pero por una parte reflexioné que él no tenia la culpa de mi imprevision, y por otra noté que el centinela, al ver mi ademan, se preparaba á intervenir con la culata de su fusil en aquel negocio. Hiceme atrás, meséme los cabellos, desfogue mi cólera en mi persona, y luego comencé á reflexionar para ver lo que podía hacer en el punto á que las cosas habían llegado. Mi resolucion fué heroica. Cambié de puerta, y á poco embuti mi bulto entre la democrática y asoleada asamblea.

II.

Ya dejé contado el cómo hube de resignarme á pasar bajo las horcas caudinas, que por una de las tales tuve al dintel de la puerta por donde penetré en la plaza y confiéme que me sobraban motivos para pensar así. Aquel paso era en efecto una humillacion, si no para mí persona, al menos para mi frac, que iba á verse allí como ejemplar único entre tantas chaquetas y tantas mangas de camisa. Sin embargo, mi frac en todo rigor no debía ya alimentar muy aristocráticas pretensiones, puesto que, como ya llevamos dicho en mi anterior artículo, había quedado con un solo faldon, lo cual le quitaba todo su carácter de señorío, y claro está que también á mí, pues lo llevaba puesto. En fin, mi resolucion estaba tomada, y á la manera del que traga un nauseabundo breva de botica, cerré los ojos, penetré en la plaza, y comencé á subir la estrecha y fementida escalera del tendido, donde entre la maldicion de esta muger á quien piso el faralá del traje de coco, y el codazo de aquel patan sobre quien me apoyo para trepar, logré sentar en una tabla mi desvenecada osamenta.

Por algo se pagaba allí solo una peseta. En efecto, el sol abrasador de la canícula dejaba caer á plomo sus rayos sobre el que fué en otro tiempo mi sombrero, y que era ahora una budinera vuelta del revés. El horno de Babilonia donde fueron arrojados los tres mancebos debía, en mi entender, gozar de una temperatura suavísima comparada con la de aquella tarde, y es seguro que si á alguno de los inquilinos de las gradas del sol le llevan sus pecados al infierno, ya es menester que vean los diablos lo que inventan si han de hacer mella en sus cuerpos.

Dije que logré sentarme, y lo estaba en efecto casi con la misma comodidad que Caupolicán, el héroe de Arauco, sobre la punta del palo que fué su suplicio. Véase ahora quiénes eran mis vecinos de asiento.

Ocupaba mi derecha una mozota mas negra que mi corbata, pelo crespo mal domesticado por la blandurilla, y cuyos labios arrojaban de vez en cuando, entre diécticos que podrían escandalizar á un entrepuesto, bocanadas de pestífero humo, merced al puro del estanco que llevaba en la boca, y que semejava en la figura y en el color á una algarroba seca. En fin, la heroína de mi cuento era ni mas ni menos

que una habitante de la Mirandilla de Cádiz, que había ido á holgarse al Puerto con ánimo de volverse aquella noche á descansar la figura en su palacio de la *Bajada de los Escribanos*.

Con ser la tal una verdadera tarasca, y con ser hasta su sexo un verdadero problema fisiológico, ello es que sus gracias y sus atractivos lograron interesar á un zaparallon que á su otro lado le deparó la suerte, y que sin duda por la prisa de ir á los toros se había dejado la chaqueta en casa y aun algunos trozos de la camisa; pero en cambio no olvidó llevarse para allá dos botellas de manzanilla, las cuales le sirvieron como de lluvia de oro para conquistar á su Danae, siendo lo cierto que antes de mucho ya ella contestaba con voz aguardientosa á los requiebros de su amartelado galán, no sin su punta de celos de otro mozo crudo que estaba á mi izquierda, y que apretaba los puños al ver la ingratitude con que aquella fementida muger pagaba los ocho cuartos y medio de avellanas que le había regalado poco antes de la aparición del preferido amante.

Pero ni yo había ido allí á ocuparme de conquistas ajenas, ni aquella era de naturaleza tal que me incitase siquiera á escuchar los sabrosos razonamientos de semejante par de tórtolos; por tanto, y al oír que el clarín municipal daba al viento su primer trompetazo, fijé los ojos en el circo, donde á poco apareció el número uno de los esperados animales.

Era este todo un filósofo desde los cuernos al rabo. Salí con paso mesurado y grave, miró en derredor suyo con desden, como con compasión, y al ver la extravagancia del hombre que tales fiestas ama y busca, que en tan bárbaros espectáculos se goza, volvió á inclinarse al suelo su respetable testuz, y quedóse como meditabundo.

Sin embargo, su *trapío* era demasiado formal para que aquel desalmado pueblo no lo acogiese con hórridos y destemplados silbidos. Un picador se le puso delante y comenzó á hostigarle; pero el toro, después de haberle medido con la vista, y después de persuadirse de que era empresa fácil á sus fuerzas escarmentar la osadía del hombre y del flaco animalito en que cabalgaba, volvióse la trasera con desprecio, dándole á entender con la cola en movimientos significativos que le dejaba por loco.

Redoblóse con esto la gritería, pidiéronse banderillas de fuego, y otro picador, envalentonado al ver lo fácil que era lucir con aquel animal, tornó á acosarlo con tan temerario empeño, que casi le hizo salir de sus casillas, notándose en su oreja izquierda cierto movimiento que dejaba traslucir su mal comprimida cólera. Sin embargo, triunfaron sus sentimientos humanitarios, y sacudió ambos cuernos como para dar á entender que sus principios y no el temor le impedían aceptar el reto. No esperó mas la ansiedad pública; aumentáronse los gritos y los silbidos, en tanto que la autoridad le mandaba aplicar unas cuantas banderillas de fuego, que sufrió impasible la víctima, sin casi aperebirse de aquel tratamiento tan poco civil, abstraída como estaba en sus profundas meditaciones. Esta misma abstracción le impidió el conocer que tras la tercera clarinada se prestaba un sayón de chupa y montera á cortar el hilo de su pacífica vida, y semejante al geómetra de Siracusa, cayó bajo el filo de la enemiga espada cuando acaso, como aquel, resolvía en su mente algun problema que dilatase el círculo de los conocimientos humanos.

La corrida había empezado mal, y estas ya se sabe que acaban peor. Salí el segundo toro tan vivaracho y bailarín, que todos le tuvieron por gran cosa. Tan cordial como el otro era hosco, fué en busca del primer picador con el objeto de fraternizar con él; pero al hallar una acogida harto menos hospitalaria de lo que se había imaginado, cayó de su burro y comenzó á sospechar que no iba á salir bien librado con aquella gente soez. En efecto, ya en adelante comenzó á ver la manera de escabullirse; pero sabido es que no era eso precisamente lo que quería el público, quien (en pocas palabras) pidió y obtuvo para este los mismos honores de chamusquina que para su antecesor.

Corridas malas ya se sabe que no hacen nunca buena sangre. El Orlando de la guifa, que como dije antes andaba celoso de las preferencias que concedía la Angélica de la Mirandilla al Medoro de la camisa rota, comenzó á echar á este ojeadas centellantes, y poco después á buscar camorra con él de la manera mas resuelta. Si los celos hacían temible al uno, los favores de le beldad hacían valiente al otro; de forma que tras de cuatro palabras mayores se fueron á otros cuatro mogicones, enarbolándose por ambos contendientes sendas botellas, vacías por supuesto. Mi posición era extremadamente crítica, y aun que hubiera querido hallarme á seis leguas de distancia de aquel par de potencias beligerantes, ello es que no había medio de desasirme de allí. Tomé pues el único partido que me quedaba, es decir, probé á ponerlos en paz con buenas razones, y á tener en la mano un ramo de oliva hubiera parecido un antiguo mensajero de los reyes, que venía á poner término á las luchas de las naciones. Puesto que quise pacificarlos, dicho se está que á mí fué al que tocó el primer botellazo. Mi sangre fué en efecto la primera que corrió en holocausto á aquella

beldad de accesoria, cosa que ciertamente no me hubiera llegado á imaginar nunca.

A mis exclamaciones de dolor, á los gritos de cólera de los combatientes, á los chillidos de la Elena de aquella Troya, acudieron guardias civiles, municipales, salvaguardias y soldados de línea; para poner orden fué necesario comenzar por alguno que otro estacazo, indispensable, aunque lastimosa formalidad que se llenó en cuanto fué preciso; pero entre los precisos estacazos uno fué para mí. Averiguóse por fin el hecho, llevaron á la cárcel á los dos mozos y á la interesante hermosura que fué origen de tanta mal andanza: á mí me pidieron perdón de la casual molestia, y yo por remuneración de aquellas angustias supliqué solo me pusieran en la puerta de la plaza, dándome antes un papel de estraza y un poco de agua fresca para mi descalabrada.

En el vapor de aquella noche entraba yo por el cañon de la Puerta del Mar de Cádiz, habiendo tenido la precaución de no esponerme de día á los tomates de la plaza de San Juan de Dios. Pero al tomar tierra en el muelle, recordando aquel epitafio de la jóven griega: «Yo también iba á Corinto,» escribí con carbon en la pared: «Yo también fui á los toros del Puerto.»

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA,

POR

FERNAN CABELLERO

Presentaré el tiempo al hombre de tres maneras: llega lentamente el futuro, pasa rápidamente el presente, y parece inmóvil el pasado.

No hay ruego ni ansia que hagan acelerar su marcha al primero; no hay instancia ni fuerza que detengan al segundo; no hay arrepentimiento ni hechizo que muevan al tercero.

¿Quieres concluir felizmente el viaje de la vida? Toma por consorcio el futuro, no escijas por amigo el presente, ni te hagas un enemigo del pasado.

Sentencia de Confucio traducida libremente de una version alemana. El ladrón que no se deja cojer pasa por hombre honrado.

Refrán toro.

A dos leguas de la orilla del mar, sobre la plataforma de una colina, se asienta Jerez, ese rico, robusto y predilecto hijo de Baco y de Ceres: rodeándole como un soberbio cinturón sus famosas viñas cuidadas como princesas, y sus campos de trigo cuyas cañas inclinan sus doradas cabezas: estiende sus inmensos propios por las comarcas cercanas que murmuran de esta invasión del colono rural, y pierde la cuenta de sus montes como un potentado.

Jerez, noble como el que mas, lleva al frente el precioso y bien conservado castillo moruno perteneciente á la ilustre familia de los Villavicencios, el que ha sido testigo de tantas hazañas, conserva anales que forman páginas de oro en la historia de España, ostenta suntuosos templos, obras magnas de la fe, obras maestras del arte, y ve con dolor á su lado desmoronarse su magnífica cartuja, admiración de cuantos la vieron viva, dolor y escándalo de cuantos la ven cadáver.

Aunque con razon se dice que algunas provincias de España están des pobladas como la Mancha y Castilla, las que por desgracia atraviesa la carretera, que es la gran arteria de la península, no se puede decir esto de la parte de Andalucía, puesto que subidos en algunas de las miras que adornan los hermosos caseríos de la mayor parte de las viñas, se ven en el radio que alcanza la vista quince pueblos, de los que la mayor parte son considerables. Son estos Jerez, Algar, Arcos, Medina, Chiclana, la isla de Leon, Cádiz, Puerto Real, Puerto de Santa Maria, Rota, Chipiona, San Lúcar, Trebujena, Lebrija y las Cabezas (1).

(1) Escrito esto, ha venido á nuestras manos un número del *Guadalete*, diario que se publica en Jerez, en el que hemos hallado con sumo placer en una composición ligera, pero escrita por pluma nuestra y por persona que se conoce que es competente en la materia, los siguientes trozos que extractamos á continuación, porque estos apuntes completan harto mejor nuestra reseña de este pueblo ilustre de lo que nuestra débil pluma pudiera hacerlos. Aunque imitada, no podemos menos de celebrar la costumbre de poner estos datos históricos y descriptivos locales intercalados en las obras de imaginación, pues le añaden un mérito real, unen lo útil á lo agradable instruyendo y divirtiendo á un tiempo, nos dan detalles interesantes de nuestro país y de su historia, y dan si puede decirse *lustre* á la literatura amena.

Dice hablando de Jerez:

«Si abrimos la historia, le vemos luchar de los primeros contra el poder morisco. Nombres ilustres salieron de aquella lucha que llevaron luego su gloria á los muros de Antequera, Sevilla y Granada. Al abrigo de sus murallas se reunieron mas de una vez las antiguas Cortes de Castilla, y desde el *Martirologio* hasta la moderna *Guía de forasteros*, no hay un catálogo de hombres ilustres donde á cada paso no

Las gentes de Jerez (y no decimos jerezanos, porque la mayor parte de los cuantiosos caudales formados en este pueblo ya á la sombra de las hojas de sus parras ó de sus mieses, ya por el comercio, no son jerezanos), las gentes de Jerez no son amigos de gastar, ni se dejan embullar por su rumbosa y alegre vecina Cádiz; así es que aquella ciudad que debería ser un modelo de elegancia, de trato lucido y de modo de lucir espléndido, no goza de estas ventajas, fuera aparte de las inmensas bodegas, verdaderos palacios de las feísimas botas; fuera aparte algunas hermosas casas labradas por lo regular con mas suntuosidad que gusto; fuera aparte su gran plaza de toros, no han contribuido su creciente prosperidad y su riqueza á embellecerlo; sus alrededores, que debían ser paseos y jardines, son los de un villorrio; carece de un lucido paseo, de un buen teatro, de bolsa y de otras cosas ajenas á la acumulación de gentes y de caudales y de los adelantos de la cultura. No obstante, dos cosas hay en las que los habitantes de Jerez indígenas y forasteros se unen y demuestran un gran desprendimiento, y es en cosas de culto divino y de caridad cristiana. En cuanto hemos visto no hemos conocido pueblo que bajo estos conceptos merezca mas sincera admiración y mas justos elogios: cuando se tiene noticia de las muchas caridades públicas y privadas que se hacen, de las limosnas repartidas en los entierros de los ricos, de las ofrendas llevadas á los templos; cuando se ve aquel magnífico hospital, aquellos hospicios que brillan como plata; cuando se entra en aquellas iglesias que deslumbran como oro y pedrerías, se siente un entusiasta placer, y se pregunta uno: ¿pues acaso no vale mas esto que todos los decantados embellecimientos materiales de que tanto se envanece el siglo?

Cuando los jerezanos labraron su plaza de toros, los del Puerto lo llevaron muy á mal porque esto perjudicaba á sus nombradas corridas tan afamadas en Andalucía. Como en cuanto á burlones y ligeros de sangre llevan entre todos los andaluces, los de Cádiz, la Isla y Puerto de Santa María la palma y la gala, es fácil concebir á qué punto fueron por entonces víctimas los graves jerezanos que se emancipaban de las burlonas saetas de los porteños, de estas se podría formar un volumen. Los jerezanos por toda respuesta heroseaban cada vez mas su plaza; últimamente y por remate, la pintaron con los colores mas provocativos; pusieron cristales en algunos palcos y hasta remates dorados, y echando una mirada de desprecio á la plaza del Puerto, entonces modestamente vestida de blanca cal como la Norma, les gritaron subidos sobre sus botas: *Sepan quién es Calleja*. Los coquineros, que son como otros muchos muy elegantes, muy ataviados, pero que no tienen un real en la faltriquera, esto es ni propios, ni mas baldíos que a mar, quedaron confundidos de tanta grandeza y de tanto lujo, y aseguraron que los jerezanos para cuando llegase el invierno iban á mandar hacer una funda de hule para su *repulía plaza* (1).

Entre Jerez y la sierra de Algar se extiende una dehesa solitaria; véase hace años al lado de una vereda un sombrero, á cuyo amparo se había establecido un hombre, que sobre una mesa despachaba alguna bebida; andando el tiempo había labrado cuatro paredes y cubiértolas con nea; había compartido su interior en dos mitades, destinada una á cocina y despacho, y la otra á dormitorio, y se había llevado allí á su muger y dos hijos; detrás de la casa había levantado un vallado que formaba un corral cuadrado, en que de noche recoja unas cabras que de día llevaba á pastar á la sierra su hijo menor; había hincado una estaca de olivo al frente de su casa, con el fin que pudiesen atarse en ella las caballerías de los escasos transeúntes de aquella vereda. La estaca se había coronado á la primavera siguiente de una verde guirnalda, y pasando años, cuidada la estaca por su dueño, se había hecho un olivo frondoso, que proporcionaba al ventero una bonita cosecha de aceitunas que aliñaba, y eran con el queso de sus cabras, los ramos de mas despacho de su establecimiento. Muchos caballeros de Jerez que solían ir á cazar, descansaban en la ventilla del tio Basilio, haciendo un consumo que pagaban quintuplicado su valor. Pero á la sazón su muger había muerto, y su hijo mayor, de quien se había hecho cargo su padrino y tio, que era un religioso de Santo Domingo, había estudiado con gran provecho la carrera eclesiástica, y había pasado como capellán de un regimiento á Lima. Así era que el tio Basilio vivía solo y aislado sin mas compañía que la que le proporcionaba de noche su hijo menor, ente estúpido y de pocas palabras, que desde la muerte de su madre se había acabado de entumecer, por-

se encuentre el nombre de algun hijo de esta ciudad. Desde S. Eustaquio y Estéban, jerezanos, hasta el arzobispo Palma; desde Garci-Gomez Carrillo hasta D. Tomas de Morla; desde el marino Estojinan hasta el valiente Giraldino; desde el presidente de Castilla Mirabal, hasta el fiscal del consejo Fernandez de Gatica, lo mismo en las armas que en las letras, Jerez ha producido siempre hombres que le han ilustrado y ennoblecido.

En otro lugar añade el autor hablando de este pueblo:

«Acaso ninguno entre los de su clase cuenta tantos y tan buenos establecimientos de instrucción pública. Cuatro escuelas gratuitas, una de ellas de párvulos, modelo entre las de su clase, un colegio, un instituto y multitud de establecimientos privados para la educación de las clases acomodadas.»

(1) Estos embellecimientos se hicieron cuando visitaron á Jerez SS. AA. los señores duques de Montpensier.

que así como las naturalezas físicas endebles necesitan nutrirse por mas tiempo de los pechos de sus madres, las naturalezas morales endebles necesitan por mas tiempo nutrirse de los cuidados y enseñanzas de estos sus terrestres ángeles custodios.

La humanidad tiene dos ideales; la virgen y la madre; así es que Dios las unió para formar el adorable ser por el que se identificó á ella.

Era una hermosa mañana del mes de diciembre; estaban sentados ante la puerta del ventucho sobre un banco de tosca mampostería, el tio Basilio, el ventero, que era un viejo débil y encojido, y su compadre el tio Bernardo, que era un anciano aun verde, robusto, ágil y jovial. Al frente y á alguna distancia estaba recostado sobre unas matas de palmito un muchacho de mediana estatura, de talle delgado, que vestía el traje de cazador, que consistía en unos sajones de raja, polainas y un capotillo que se pone por la cabeza como alforjas, los que por la parte interior tienen faldriqueras, en las que guardan el pan y la caza menuda. Su cara pálida, aunque de buenas facciones, y como dice la espesión vulgar *pintadita*, tenía algo de duro, y su mirada poco franca, si bien denotaba agudeza, no tenía nada de la jovialidad tan propia de la juventud; á su lado estaba su escopeta y un reclamo en su puntiaguda jaula cubierta con bayeta verde. El silencio era profundo y solo interrumpido por el sonoro soplo de un viento largo, que no pudiendo hacer murmurar las recias é impasibles yerbas y monte bajo de la dehesa, se arrullaba á sí mismo en suave cantinela; solo las gallinas, que tranquilas y satisfechas vagaban alrededor del ventucho, sentían su poder en sus airoas colas que doblaban y solían arrastrar dando traspies á sus dueños. El gallo de cuando en cuando alzaba su coronada cabeza, é irguiéndose hácia atrás lanzaba al aire su canto de desafío como para atraer á su amo parroquianos. El gato, primer inventor de lo confortable, había sábiamente escogido para acurrucarse un ángulo de la casa bañado del sol y al abrigo del viento, y en su duerme-vela gatuno echaba entre sus ginados párpados disimuladas miradas á unos gorriones, los que como los pobres de la mesa del rico venían á buscar las migajas de la mesa de las gallinas. El sol derramaba alegría, y el silencio paz en el alma; el magnífico cielo parecía elevarla, y toda la naturaleza infundir tal bienestar, que el sentimiento íntimo cantaba en el corazón. ¡Dios mío! la vida es buena cuando así se somete como principio y fin de lo bueno.

—Vaya, compadre, decía su compañero al ventero, no se queje usted que parece pobre de ropa; siempre está V. con *turbieses*; mireme V. á mí á pesar de mis cuitas; cuando me voy á acostar me quito el sombrero, lo pongo á un lado, y digo: aquí están las trampas; me quito la chaqueta, la pongo al otro lado, y digo: aquí están las penas; me presino y duermo como un patriarca, pues sin trampas y sin penas, ¿quién no duerme bien? Y al que no le falta sino sarna que rascar, está siempre atoloncado; ¡por vía de Barrabás!

—Y qué quiere V., compadre! si este dolor en la pierna lo he entrenado hoy; y esto echa el ribete á la empanada.

—Casa vieja toda es telarañas.

—¿Pues qué mas le aqueja al compadre?

—¡Pues no es nada lo del ojo, y lo lleva en la mano! ¿acaso no sabe V. que hay quinta, que han requerido á los mozos, y que mi José mete la mano en cántaro?

—Cómo ha de ser, compadre! ese hueso todos le tenemos que roer; antaño salió mi Manuel, y tuve paciencia; déjelo V. ir, compadre; así se espavilará, que metido como lo tiene V. con las cabras, está el muchacho *endeheado*. Yo fui soldado, y digo á V. que no me pesa, pues me hice un hombre en forma, compadre; verdad es que fui asistente y tuve un amo que no sé lo que era mas, si valiente ó si bueno; lo quería que ni que hubiese sido mi hermano menor; mil vidas hubiese dado por él; y no es un decir, ¿pues ve V. esta cicatriz en la frente? Con esta me señaló un francés en la batalla de Medellín al ponerme ante mi teniente que iba á matar; el matado fué él; pero me dejó este rasguño por memoria; su hijo de V. necesita espavilarse, compadre, que está cuajado y no sirve para maldita de Dios la cosa.

—Señor, es un infeliz; no tiene las luces de su hermano el grande; pero tiene sangre de horchata, compadre; tiene el sentir mejor que el pronunciado.

—Ya! entonces es como los borricos, que todo se les queda por dentro; pues si no le quiere V. dejar ir, póngale un sustituto.

—¿Y de dónde saco yo esos caudales, cristiano?

—¿De dónde los saca? De donde los tenga metidos, compadre; pues V. sus cuartos ha de tener; que bien le rinden sus cabras y el despachillo bien le dá, mas que lo niega V., que es mas estéril que un arenal, y no gasta mas que pachorra, ni da mas que los buenos días; así es que cuando uno se acerca por acá, sucede como en el rancho de los Malpartidas; sale el perro diciendo: ¡jambre! ¡jambre! sigue el gallo cantando: *siempre la hay aquí*; y maulla el gato: *moriré es-tenuado*, miau miau.

—V. tiene siempre sobra de chacota y falta de razones; no se trat^a

de bromas, compadre, sino de veras: ¿qué hago, María Santísima, qué hago?

—Respirar por no ahogarse.

—Solo me voy á quedar como un pitaeo.

—Y hará V. malamente, compadre; traspase V. su venta y véngase al pueblo.

—No puede ser eso, compadre; aquí he vivido, estoy hecho, y no me hallo en otra parte alguna; aquí me he de estar hasta que deje esta por la otra.

El joven, que hasta entonces había estado escuchando la conversacion de los dos compadres, se levantó despacio esperezándose y diciendo: upa!

—Hijo, le dijo el tío Bernardo al compadre del ventero,

El que al sentarse dice ¡ay!

y al levantarse dice ¡upa!

no es ese el yerno

que mi madre busca.

—Es que ya he andado dos leguas, contestó el muchacho.

—Valiente puñado son tres moscas, repuso el tío Bernardo; pero vamos á ver, ¿quién te manda andarlas? ¿no es tu oficio rapar barbas? ¿á qué te metes á tirador? ¿por qué te metes á aprender sainetes? ¿por vía de Barrabás! para echarla de usia, porque tú eres de los que no se hallan bien donde Dios los ha puesto, y esos, hijo mío, no suelen andar en el mundo por la vereda derecha.

—Tío Bernardo, dijo el muchacho echando al viejo una mirada rencorosa, tiene V. la lengua muy larga y muy afilada; pero anda con Dios, que le custodian sus canas.

Diciendo esto se alejó.

—Anda, anda, Juan Luis Navajas, le gritó el tío Bernardo, que el mucho humo te ahoga, y no me la vendas echando de pechisacado ni con amenazas, que á mí no me amedrentas tú ni veinte monos como tú; canas tengo, pero no me valen ellas para quien como tú no tiene ni fé ni ley; lo que me vale es saber tú de atrás que á mí no me tienes que gallorrear.

A pesar de que la serenidad de la atmósfera hizo que el que había sido nombrado Juan Luis Navajas no perdiese una palabra del áspero trepe que le dirigió el anciano, siguió su camino silbando y sin volver la cara atrás.

Caramba, compadre, y qué rescuadra le ha echado V. al barberillo! No parece sino que se la tenía V. guardada, dijo el ventero.

—Y asína es, compadre, repuso el tío Bernardo, porque ha de saber V. que mayor picaro que ese no pisa las calles de Jerez; no todos lo conocen como yo; pero yo le tengo calado como melon de plaza, y él lo sabe desde cierto lance.

—¿Y á qué se mete V. con ese hampon malencarado? Mire V. que le puede salir caro, y ande V. con el ojo sobre el hombro; por mí, cuando pasa de largo, le doy las gracias.

—Compadre, yo no le temo; verdad es que me tiene ganas; pero su pellejo guarda el mío.

El lance á que aludía el honrado anciano, y que nunca salió de sus labios, fué que una noche había acertado á pasar por un sitio retirado en que se hallaba Juan Luis escondido y en acecho de una venganza. El tío Bernardo, que vió relumbrar en su mano una abierta navaja, le dió con su chibata un vigoroso golpe en el brazo, que le hizo soltar el arma homicida; el tío Bernardo la recojió á pesar de haber querido impedirselo el barberillo. Oye, Juan Luis, no quiero perderte; si me lo quieres agradecer, sé hombre de bien. Desde entonces lo que debió ser agradecimiento, se había tornado en el aprendiz barbero en un profundo odio. Si las malas y soberbias naturalezas se rebelan contra toda superioridad, hácenlo con redoblado encono y tedio contra la de la virtud, por ser la mas incontestable.

Juan Luis se internó en la sierra, en donde á poco se encontró con José Camas y sus cabras. Fuése á él como tenía de costumbre para pedirle leche; y mientras José, que se entretenía mucho en su soledad con las cosas que solía contarle Juan Luis en pago de la leche, se apresuraba en ordeñar una de sus cabras, le dijo este:

—¿Con que entras en suerte, José?

El mas vivo terror se pintó en la cara del pobre idiota, que le respondió casi llorando:

—Mira tú, mi padre que no me quiere libentar; ¿de qué le servirán á su mercé sus dineros?

—¿Y qué, tiene dinero tu padre? preguntó Juan Luis.

—¡Vaya! mas de cien onzas, ó una multitud asína; todo lo que gana lo hace de oro, y cuando murió el padre de mi madre, tomó su mercé su parte de casa en duros de oro.

—¿Pero dónde lo tiene guardado? tornó á preguntar el cazador.

—Mi padre está en que yo no lo sé, porque me cree muy cuaco, respondió José echándose á reir; pero lo sé, y muy bien que lo sé. Una noche, y cuando todo estaba solo, hizo su mercé un hoyo en la pared

contra el suelo debajo de la cabecera de su cama; ahí lo metió, y cubrió el agujero con un ladrillo y mezcra, y luego todo lo encajó: así solo un zahorí da con el escondite. Pero ya que no me quiere libentar, voy á tocar de suela, y zapatos han de romper antes de dar conmigo.

—No hagas tal, José, le dijo su interlocutor: ¿dónde irás de prófugo que no den contigo los demás mozos? En cojiéndote te meten en gallola, y en seguida te cargan con el fusil; mira, yo también entro en suerte, y si salgo soldado iré con los otros; lo demás no es sino tirar coques contra el aguijon; mas adelante, y cuando se presente ocasión oportuna, desertaremos con mas seguridad.

La cara del cabrero se iluminó al saber que Juan Luis iba á correr la misma suerte que él.

—¿Y me llevarás contigo si huyes? le preguntó.

—Sí, respondió el aprendiz barbero, siempre que me prometas callar como un poste; ¿lo prometes?

—Por el alma de mi madre, contestó el cabrero.

Algun tiempo despues de las escenas referidas había tenido lugar la quinta; y tanto al barbero como al hijo del ventero había tocado la suerte de soldado y habían sido conducidos á Sevilla. Como es de suponer, José cayó completamente en la dependencia de Juan Luis, que hizo de él una especie de asistente. Despues de algunos meses de estado en el regimiento, el barbero se propuso llevar á cabo el bien combinado plan que había urdido de desercion, el que solo el día antes comunicó á su compañero. Huyeron pues siguiendo la direccion del camino real hácia Jerez, internándose antes de llegar á este pueblo por la sierra de Algar; al sol puesto estaban estenuados, y Juan Luis envió á su seide José á unos pastores que este conocia para pedirles pan, lo que este hizo ciegamente; en seguida le dijo que cuando anocheciera y hubiese seguridad de que nadie trascurriese por la vereda, debería ir en casa de su padre, y haciéndole presente su situación exigirle algun socorro para llegar á Gibraltar, en donde no les faltaria trabajo y seguridad. Pero cuando se acercó la hora fué de parecer que valia mas que fuese él mismo de parte suya, por tal de evitarle el primer ímpetu de cólera de su padre, á quien él se hacia fuerte de persuadir de la obligacion y necesidad en que estaba de socorrer á su hijo. Cuando la noche hubo cerrado, emprendió Juan Luis su marcha; pero volviéndose atrás pidió á José su navaja por si le acometia el perro bravo de su padre, y asimismo un pañuelo para atarse á la cabeza; ambas cosas le fueron al punto entregadas por José. Al cabo de una hora volvió Juan Luis. Si el pobre cabrero no hubiese sido simple, habría notado alteracion en la voz de Juan Luis, cuando este le aseguró que había hallado á su padre inflexible; que solo había podido arrancarle su traje de pastor, que le traía para que se le pusiese y se internase en la sierra, pues eran perseguidos; que por mas seguridad era necesario separarse, y que él se iba hácia Portugal donde esperaba quedar oculto.

Abria el día tras de los montes de Ronda, sonrosado, fresco y perfumado como se abre una rosa. La naturaleza cantaba por las gargantas de sus pájaros; el ganado mugía; las yeguas venidas para la trilla unian el sonido metálico de sus cencerros á las demás armonías campestres, y el labrador se persignaba antes de emprender el afanoso trabajo de la siega, que no obstante ama instintivamente, pues es la recoleccion del gran don de Dios ¡el trigo! el trigo que tanto venera el cristiano, pues es el santo alimento que Dios le enseñó á pedirle.

Caminaba el tío Bernardo como siempre, con firme paso y ligero corazón hácia el monte de que era guarda; acercábase á la venta de su compadre, y al llegar extrañó ver la puerta abierta.

—Vaya! pienso que ha madrugado hoy el compadre; me alegro; por lo visto no le aqueja hoy achaque.

Asomóse á la primera pieza, pero á nadie vió.

—¡Compadre! gritó en recia voz, y nadie contestó; solo el perro del ventero ahulló lúgubremente.

El tío Bernardo pertenecía á una clase de hombres comunes en España, que tienen una impasibilidad completa, que ni alteran el temor ni perturban la sensibilidad, que reciben las impresiones por la razon clara y definidas, y no por confusa aglomeracion de sensaciones, las que anticipan los hechos y las abultan, y no obstante la soledad, el aire de abandono, el hosco silencio, solo interrumpido por el lúgubre ahullido del perro que parecia helar aquella casa, le impusieron; paróse un momento, y volviendo la vista en torno suyo:

—¡Jesus Maria! exclamó con hondo acento, al ver caída en el suelo una ensangrentada navaja. Arrojóse hácia la alcoba, empujó con violencia la puerta, la que apenas hubo abierto dió un paso atrás. Deshecha la cama, su mal colchon tirado en el suelo, cubria un bulto, pero no tanto que no asomase por debajo una mano livida, la que yacía en una laguna de sangre; á su lado estaba sentado el perro, que volvió á ahullar con mas desconuelo al ver entrar al amigo de su amo. Las tablas y los bancos de la cama habían sido desviados con violencia de su sitio, y en el suelo se veía una palanqueta con la que se había abierto un hoyo en la pared cerca del suelo; allí veíase un

hueco oscuro y vacío, y cerca algunos escombros con manchas de sangre. Todo esto lo vió y observó el tío Bernardo de una sola mirada.

—¡Robado! murmuró, su oro lo perdió.

Acercándose en seguida al colchon, lo levantó por una punta. El infeliz ventero yacía boca arriba; en la lucha que debió preceder á su muerte, su camisa se había desgarrado, y así dejaba descubierta una enorme herida que atravesaba su vientre; agotada la sangre que por ella se había vertido, veíanse los bordes de la herida gruesos y blancos desviarse uno de otro como para dejar entrever las destrozadas entrañas de la víctima, la que con los ojos de par en par y desatarrados, la boca abierta como lanzando el último grito por socorro, yacía ofreciendo el mas espantoso cuadro que puedan formar la muerte violenta y el crimen misterioso.

—¡Muerto! murmuró el tío Bernardo: Dios le haya perdonado, añadió dejando caer el colchon sobre el horroroso espectáculo que algunas horas despues habia de haber desmayarse á un jóven escribiente que acompañó al juez al lugar de la catástrofe.

El tío Bernardo salió, ató á una cuerda el perro que llevó consigo, atrancó la puerta de la casa lo mejor que pudo, y se volvió á Jerez á dar parte á la justicia.

Del emisario y declaracion de testigos resultó averiguarse:

Que el ventero debia tener una buena cantidad de dinero, lo que era confirmado por los altercados que tuvieron el padre y su hijo José sobre ponerle sustituto; afirmando el muchacho á cuantos hablaba que á su padre le sobraba dinero para libertarlo, y negándolo el primero:

Que el escondite en que guardaba ese dinero era evidentemente el hueco vacío, abierto aquella noche en la pared, y que nadie podia tener noticias de este lugar secreto sino su hijo:

Que la navaja teñida en sangre hallada en la pieza inmediata, con la que indefectiblemente se cometeria el asesinato, pertenecía á José, como lo afirmaba el armero que se la vendió en dias de marchar:

Que segun una requisitoria enviada de Sevilla, habia desertado José de su regimiento la víspera de la infausta noche en que se cometió el crimen:

Que la tarde antes al ponerse el sol habia vagado el desertor por las cercanías segun deponían unos pastores, á los que habia pedido pan y agua por no haber probado bocado en todo el dia:

Que buscando la partida al delincuente habian hallado entre unas matas un pañuelo ensangrentado, que presentando á una muger que lavaba la ropa al padre y al hijo, habia reconocido era prenda como perteneciente á José:

Que fuera parte el dinero, lo único que habia faltado en casa del ventero habia sido la zamarra y calzones de piel de cabra, que como pastor gastaba José, y algunas otras prendas de vestir del mismo:

Por consiguiente alcanzó el juzgado la conviccion de que era José el paricida, y el pueblo alzó su poderoso anatema contra el desnaturalizado hijo, y levantó con horror su dedo señalando aquella solitaria venta, antro del mas espantoso atentado, la que fué abandonada despues de clavar en la puerta una cruz negra, y quedó silenciosa y vacía como un horroroso cadalso abandonado; el techo se hundió, el olivo se secó, y el vallado se desmoronó, cual si el terrible Simoun hubiese pasado sobre ellos.

En noches tempestuosas cuando el viento que gime busca por simpatía los lugares que asombran, entrábase á ahullar en la vacía estancia, y algun portazo que daba con violencia hacia estremecer el guarda ó el pastor que vagaban en aquellas cercanías:

Mas el reo no pudo nunca ser habido.

Algun tiempo despues de la perpetracion del crimen cometido en la solitaria venta, llegaba á un cortijo situado en la vertiente de levante de la sierra de Ronda, no lejos de Coin, un hombre vestido de cabrero, enfermo y estenuado. Compadecidos los trabajadores y el aperador, le auxiliaron en lo que pudieron, y preguntándole quién era y cómo se hallaba en aquel estado, les respondió que era su oficio cabrero; que habiendo salido soldado habia desertado, porque no se hallaba sino en los montes y al aire libre. Casualmente necesitaba el dueño del cortijo de un cabrero; y así, restablecido que estuvo, pusieron á su cuidado una piara de cabras con las que se internó en los montes, en los que siguió oculto y desconocido, vejando tranquilamente como los alcornoques, robles y acebuches sus compañeros.

Por ese mismo tiempo salia de Gibraltar un barco con destino á Lima. Veíase pasear sobre la cubierta un jóven, con elegante vestido de viaje con un escaquin de mahon, pantalón igual y un sombrero de paja de ancha ala, rodeado con primor de una cinta negra, cuyós cabos pendían por la espalda. Este jóven con aire petulante é insolente era llamado D. Victor Guerra, y segun se susurraba, aunque por él no se sabia, iba á Lima á recoger la herencia de un pariente, por lo cual los demás pasajeros le acataban, incluso el capitán, bien ajenos que aquel que por la insolencia con que se daba tono sentaban cortésmente á la cabecera de la mesa era un aprendiz de barbero, un deser-

tor, un ladrón, y un infame asesino, porque este pasajero arrogante era Juan Luis, el asesino del infeliz ventero, que provisto de documentos falsos fabricados por un judío en Gibraltar bien equipado á favor de las robadas onzas, iba á América á probar fortuna siguiendo las inspiraciones de su desmedida ambición y de su colosal orgullo.

Cuando llegó á Lima intentó varios medios de prosperar; pero en ninguno medró, faltándole conocimientos y perseverancia; solo en el juego tuvo suerte, como suele acontecer á los picaros. No obstante, esto no bastaba para llenar sus altas miras, ni para sostener el boato en que vivia; sus recursos disminuían, y el porvenir no le brindaba esperanzas: así es que se decidió con la audacia que le era natural por la carrera de las armas, porque siendo valiente y estando estimulado por su ansia de figurar y de ocupar un puesto lucido en sociedad, sentia que no habria en su azarosa carrera empresa árdua que no estuviese pronto en aeometer, ni hipocresía que no fuese capaz de sostener, marrar ni deslizar para llegar á sus fines. Ardía entonces en Lima la guerra denominada de Ayacucho.

Ayacucho, que en lengua india significa *el campo de los muertos*, fué el lugar en que en tiempo de Carlos III levantó el indio Tupac-Amarú el estandarte de la rebelion contra la Metrópoli, el que no obstante despues de vencido no fué ejecutado, sino traído á un presidio de España donde poco despues murió; y ese mismo Ayacucho, *campo de los muertos*, fué en donde en el año de 1824 murió desgraciada é inopinadamente la dominacion española en aquella parte de América.

Presentóse el falso D. Victor con su habitual osadía al general, que se apresuró en admitir entre sus filas al gallardo jóven, el que á poco tiempo de cadete pasó á alférez, distinguiéndose en todas ocasiones por su bizarria, su actividad é inteligencia. Habia sabido insinuarse con todos los oficiales que alternaban amigablemente con él, y sobre todo hacerse buen lugar con el coronel de su regimiento, hombre de mucho mérito y distincion que habia casado en Lima con una muger rica, y tenia una hermosa familia compuesta de una niña y de dos niños. Eran estos instruidos por el capellan del regimiento, que gozaba de la confianza y amistad del coronel, porque á las virtudes del sacerdote y al carácter mas suave y apacible, unia las mas excelentes cualidades del hombre y un saber poco comun.

Pero desde algun tiempo don Gaspar Camas, que todos llamaban siempre el padre capellan, habia caído en un profundo abatimiento, cuya causa se supo, pero sobre la cual todos callaban, como si por instintiva benevolencia esperasen que el silencio trajese en pos de sí el olvido, ó bien por delicado respeto á la desgracia.

Una tras otra y con corto intervalo habia recibido el capellan las infaustas nuevas de la desercion del servicio del rey de un hermano suyo, la del asesinato de su padre, y la de la muerte del rector de Santo Domingo, su tío y padrino que le habia educado, y al que todo lo debia. Profundamente afectado por tamañas desgracias, el padre capellan habia querido volverse á Europa y retirarse á la soledad; pero los ruegos del coronel y su muger, y el entrañable cariño que tenia á los niños, le detuvieron.

Búrlase á veces la suerte de la justicia con desearo, y la justicia se da por vencida porque su reino no es de este mundo; así se verificó en la relacion que vamos haciendo; no era solo el valor el que proporcionaba á don Victor Guerra cada dia nuevos lauros, puesto que en el regimiento habia otros muchos tan valientes como él; pero era la fortuna que no dejaba de brindarle las ocasiones de distinguirse que negaba á otros; era ella la que ponía su dinero al naípe que habia de ganar; ella la que desviaba los tiros del enemigo del pecho de su protegido; ella la que le inspiraba y sostenia su gran ariete la audacia; en fin era la locomotora que impulsaba su rápida carrera.

No es una verdad nueva, pocas lo son, que el éxito es el que da valor á las personas y mérito á las empresas. Cuántos han pasado por menguados sin serlo; cuántos por entendidos sin tener nada de esto, porque á la fortuna le plugo burlarse de la justicia segun llevamos observado!!! y qué bien dijo un Pero-grullo cualquiera, cuando deseó á su deudo fortuna y no saber! En los hombres influye el éxito pues tan poderosamente, que el que logra es encomiado, admirado, celebrado necia y estúpidamente, así como el que no logra es puesto á un lado y despreciado, mientras rie la fortuna de este ridículo género humano, y llora la justicia su impotencia sobre la necia muchedumbre.

Varios años pasaron en los que el fingido D. Victor de distinguido llegó á comandante. El nuevo comandante deslumbraba con su lujo, su aplomo y su envalentonamiento. ¿Pareciale al asesino que el aprecio ajeno echaba indulto sobre su impune crimen? ¿haciase ilusion que la mera posicion que se habia labrado cubria con su esplendor el nuevo, el negro y ensangrentado hoyo, en el que robó su fortuna? ¿Creia acaso que con haber mudado de nombre se habia regenerado como el fénix, y que con el nombre del que le cometió era estinguido su delito? ¿tenia conciencia? ¿tenia remordimientos? ¿tenia siquiera el temor indefinido que su violentísimo delito se descubriese? No por-

driamos decirlo, porque estos son arcanos de la maldad que solo ella comprende; pero lo que si creemos es, que hay tales hombres en los que duerme tranquila la conciencia cuando no la estimula y despierta el temor; mas cuando este falta por la seguridad de la ocultacion de la realidad en cuanto á la vindicta humana, y por la falta de temor nacida de la ausencia de la fé y religion en cuanto á la justicia divina, la conciencia decae, se duerme, se aletarga, pero momentos hay en los que Dios, por su divina misericordia, la sacude, la despierta, la envigoriza; uno de estos momentos es el de.... la muerte! Y este momento parecia haber llegado para D. Victor Guerra, cuando recojido en unas angarillas en el campo de batalla de los llanos de Junin, era traído á su alojamiento con el pecho atravesado por una bala enemiga.

(Continuará.)

A TISBE.

El alba nace, y con su luz primera
Los montes, prados y colinas dora;
En plata entorcha la azulada esfera,
Riza las aguas y en las flores llora:
El sol pule la rubia cabellera
Por mostrarse galan ante el aurora,
Sale en pos de ella y todo lo ilumina
Rayos vibrando de su faz divina.

Así en la juventud, cuando la pura
Veste, dejamos de la infancia bella,
La nueva aurora del placer fulgura
Y en nuestro corazon clara destella,
El sol de amor radiante de hermosura
Benéfico ilumina nuestra huella,
Y al adorar su lumbre embebecidos
De gozo se estremecen los sentidos.

Entonce un ángel desde el almo coro,
Bello como la luz de la mañana
Desciende en vuelo rápido y sonoro
Del sol entre la lumbre soberana:
En rico vaso de zafiro y ora
La esencia lleva del amor temprana,
Y nos la da del agua en la dulzura
Ó entre el aroma de las flores pura.

Esencia de los cielos desprendida
Inefable placer brinda del cielo,
Y todo es dicha y paz, júbilo y vida,
Luz los espacios y verdura el suelo:
Al gozo que presente, estremecida
El alma vuela en incesante anhelo
En pos de la pasión, que la esperanza
Pinta entre gloria y perennal bonanza.

Casta en su origen y despues rugiente
Volcan que tala el pecho enamorado,
Entre zozobra y celos dulcemente
Nos brinda la pasión néctar preciado:
Luego conmueve en ansiedad ardiente
Al corazon que en ella enajenado,
Estático en el fuego en que delira
Llora de gozo y de placer suspira.

Entonces ¡ay! el desengaño llega,
Y cuando el alma su placer alcanza
La pura flor de la ilusión doblega,
Agota el manantial de la esperanza;
Roto el cendal que nuestros ojos ciega
Al último vislumbre que amor lanza,
Miramos, y á sus pálidos reflejos
Gloria, ilusión y amor volar al lejos.

Así tal vez, si en la serena tarde
Virgen cuadrilla de zagalas bellas
Tejiendo danzas en festivo alarde
Los prados bordan con ligeras huellas:
Súbito el sol se nubla, el cielo arde,
Ruge la tempestad, y entonces ellas
Del trueno al ruido y al fulgor del rayo
Tímidas huyen en mortal desmayo.

¡Oh llama celestial! ¡oh fuego santo
Que conmueves los cielos y la tierra!
¡Trasparente fañal lleno de encanto
Donde la esencia del placer se encierra!
¡Dulces suspiros, venturoso llanto,
Paz inefable, generosa guerra!
¡Por qué en el corazon cruzais perdidos
Que os goza apenas cuando ya sois idos?!

¡Oh Tisbe! tú, que en plácidos amores
El alma virgen candorosa enciendes;
Mariposa gentil rica en colores
Que con alas de vidrio el aura hiendes:
Y al ver la luz, y al admirar las flores
Embebecida en ellas te suspendes,
¡Huye la llama y su engañoso fuego...
Huye la flor que se marchita luego!...

F. MORENO Y GODINO.

CÉFIRO Y FLORA.

I.

CÉFIRO.

¿Qué esperas, bella ninfa,
gentil zagala?
¿Por qué tanto te asomas
á la ventana?
¿Piensas acaso
eclipsar á la luna
con tus encantos?

FLORA.

Tengo, céfiro, un novio
noble y gallardo,
que hace ya cuatro noches
me está rondando;
Y en dos palabras,
voy á entregar al viento
sus esperanzas.

CÉFIRO.

No juegues con amores,
Flora inocente,
donde menos se piensa,
salta la liebre;
Y el ciego niño
es, viéndose burlado,
muy vengativo.

II.

FLORA.

Virgen de los Dolores,
reina del cielo,
dadle vida á mi vida,
que yo me muerdo.
Por las preciosas
lágrimas que vertisteis,
virgen piadosa.

CÉFIRO.

¿Qué tienes, Flora bella?
¿por qué suspiras?
¿dó se fueron las rosas
de tu megilla?
Esta mañana
hace un año que celos
dabas al aura.

FLORA.

Tengo, céfiro, un niño,
luz de mi encanto,
que lleva cuatro noches
agonizando.
Dile á tu madre
si conoce en el mundo
pena mas grande.

EDUARDO GASSET.

PROVERBIOS ITALIANOS.



Quanto pue la concordia unita insienne. ¡Qué no pueden los hombres cuando los une la concordia!



¡Mirate quel ch'avvien er la discordia!

¡Ved lo que produce la discordia!